



Últimas fechas recibidas en esta redacción.

En nuestra humilde pero firme opinión, nada extravagante ni solitaria a buen seguro, el gobernante de que Inglaterra disfruta frisa con el límite de la perfección humana. No aspiramos por ello a semejarlo como tipo y modelo a que debieran precisamente ajustarse los demás países, pues tan descabellada pretensión equivale a negar su verdadero mérito, que consiste en saberse adaptar a las peculiares ideas y necesidades de aquella sociedad, satisfaciéndolas plenamente. Los malhadados ensayos de Francia y por otros países acometidos para trasplantar a su suelo las mismas idénticas formas, y en el climatizarlas, demuestran hasta la evidencia que así como no esable cortar un vestido que venga bien para todos los cuerpos y tamaños así tampoco pueden concebirse instituciones donde quiera aplicables en general beneficio. Esta protesta contra cualquier acto de imitación barredora e irreflexiva forma la base de todas nuestras doctrinas concimentadas que las juzgamos en los dictados del sano juicio.

Mas no porque así califiquemos una proposición a que pudiera atribuirse significado en demasiado absoluto nos llegamos a retractar de ella en sustancia. El gobierno de que Inglaterra disfruta repelimos una y mil veces que frisa en nuestro humilde pero firme sentir con el límite de la perfección humana. Y si apelamos a la experiencia, única regla de justo criterio para tales cuestiones, los hechos acudirán en tropel a corroborar el aserto no obstante su latitud. El gobernante que por espacio ya de dos siglos, época moderna, ha salvado asegurar el sosiego interior de aquella nación; y ensanchar así su poderío, y acrecentar su riqueza en desmedidas proporciones, y empujarla con rápida carrera por la vía del progreso así material como intelectual, el gobierno, decimos, cuyos incontestables resultados son los que aquí se enciñan, y de cuyas dotes cupiera sin exageración hacer magnífico elarde, bien merece que a boca llena se le tributen aplausos y alabanzas.

Ni monos absurdo fuera poner en duda los efectos que este mismo gobierno pueda haber ejercido sobre el carácter moral de los habitantes. Suponer siquiera por un momento que una prosperidad tan manifiesta y duradera tuviese por basa la degradación, y el vicio en mayor escala de lo que por donde quisiera subsistir no solo envolvería una triste idea de la condición social sino que sería una doctrina radicalmente falsa y anti-filosofía. Al admitirla se niega implícitamente la Providencia y se inculcan las más crísimas mas corruptor materialismo, por donde se pone a contraria las consoladoras lecciones de la filosofía cristiana y hasta simplemente humanitaria. Su falsedad no es menos evidente tras una simple inspección de los hechos reales. La moral pública y privada raya en Inglaterra tan alto como en los más avanzados países aun cuando considerásemos en rebajar algo de las estrictas fórmulas que la decencia y los hábitos allí imponen, y que suelen los descontentadizos tachar de hipocresía. Quiénera que haya estudiado el curso de los negocios políticos en aquel país, el que haya tenido relaciones de trato particular con los individuos de aquella nación, nos apoyará con su imparcial testimonio sin que semejante tributo de justicia pagado a las agencias prendas empiece a menoscabar en lo mas mínimo el legítimo sentimiento de la dignidad propia.

Pero al expresarlos en términos de tan decidido elogio bien claro debe desde luego suponerse que nuestro propósito no estriba en pronunciar un estímulo panegírico. Muy lejos de ello estas mismas frases van encaminadas a servir de salvedades cuando un instinto de equidad y la convicción de cumplir un saludable deber nos obliguen a poner en realce las sombrillas tintas que por algunas partes afean tan risucio cuadro en el que hemos venido bosquejando. Hemos querido dejar sentado que no obedecemos a un circo encono, ni a un torpe prurito de denigrar objetos dignos de respeto, cuando los fueros de la verdad eisigen verse resfaldados. Nuestro fin es muy diverso, mucho mas elevado, nos agravemos a decirlo así, y las tendencias también infinitamente mas provechosas. Predicar la resugación sobre los males propios aun después de reconocida su existencia, esa es nuestra aspiración, reforzando al efecto nuestro raciocinio con el ejemplo de los males agenos.

Ni es tan ociosa esta tarea como pudieran muchos imaginar. Un ingenioso apólogo trasmitido desde la mas remota antigüedad a nuestros tiempos, y que un fabulista castellano nos ha vertido con su feliz facilidad acostumbrada, nos pinta al hombre como llevando al hombro los vicios en una alborada, pero los de su prójimo al pecho, y en Londo una reunión para examinar las enfermedades propias a la espalda. Esta moral es muy sana y exacta cuando se aplica a los individuos, pero llega convertirse en radicalmente falsa si tratásemos de extenderla a los pueblos en su entidad colectiva. Tal es el menor la fondo de nuestra época, sigue gravado, impuesto, ávido de novedades y de mejoras tal vez irreales, por donde preponde a forjar ilusiones danosas, y a crearse un tipo de loca, herida perfeción que sus vecinos consiguieron, y que luego por conseguir también ésta, actos tan funestos son los que contiene combatible presentando la verdad desduida, haciendo ver que aun bajo las circunstancias más propicias nuestra flaqueza retira por donde quiera, es inútil adaptar a las peculiares ideas y necesidades de aquella sociedad, satisfaciéndolas plenamente. Los malhadados ensayos de Francia y por otros países acometidos para trasplantar a su suelo las mismas idénticas formas, y en el climatizarlas, demuestran hasta la evidencia que así como no esable cortar un vestido que venga bien para todos los cuerpos y tamaños así tampoco pueden concebirse instituciones donde quiera aplicables en general beneficio. Esta protesta contra cualquier acto de imitación barredora e irreflexiva forma la base de todas nuestras doctrinas concimentadas que las juzgamos en los dictados del sano juicio.

Mas no porque así califiquemos una proposición a que pudiera atribuirse significado en demasiado absoluto nos llegamos a retractar de ella en sustancia. El gobierno de que Inglaterra disfruta repelimos una y mil veces que frisa en nuestro humilde pero firme sentir con el límite de la perfección humana. Y si apelamos a la experiencia, única regla de justo criterio para tales cuestiones, los hechos acudirán en tropel a corroborar el aserto no obstante su latitud. El gobernante que por espacio ya de dos siglos, época moderna, ha salvado asegurar el sosiego interior de aquella nación; y ensanchar así su poderío, y acrecentar su riqueza en desmedidas proporciones, y empujarla con rápida carrera por la vía del progreso así material como intelectual, el gobierno, decimos, cuyos incontestables resultados son los que aquí se enciñan, y de cuyas dotes cupiera sin exageración hacer magnífico elarde, bien merece que a boca llena se le tributen aplausos y alabanzas.

Ni monos absurdo fuera poner en duda los efectos que este mismo gobierno pueda haber ejercido sobre el carácter moral de los habitantes. Suponer siquiera por un momento que una prosperidad tan manifiesta y duradera tuviese por basa la degradación, y el vicio en mayor escala de lo que por donde quisiera subsistir no solo envolvería una triste idea de la condición social sino que sería una doctrina radicalmente falsa y anti-filosofía. Al admitirla se niega implícitamente la Providencia y se inculcan las más crísimas mas corruptor materialismo, por donde se pone a contraria las consoladoras lecciones de la filosofía cristiana y hasta simplemente humanitaria. Su falsedad no es menos evidente tras una simple inspección de los hechos reales. La moral pública y privada raya en Inglaterra tan alto como en los más avanzados países aun cuando considerásemos en rebajar algo de las estrictas fórmulas que la decencia y los hábitos allí imponen, y que suelen los descontentadizos tachar de hipocresía. Quiénera que haya estudiado el curso de los negocios políticos en aquel país, el que haya tenido relaciones de trato particular con los individuos de aquella nación, nos apoyará con su imparcial testimonio sin que semejante tributo de justicia pagado a las agencias prendas empiece a menoscabar en lo mas mínimo el legítimo sentimiento de la dignidad propia.

Pero al expresarlos en términos de tan decidido elogio bien claro debe desde luego suponerse que nuestro propósito no estriba en pronunciar un estímulo panegírico. Muy lejos de ello estas mismas frases van encaminadas a servir de salvedades cuando un instinto de equidad y la convicción de cumplir un saludable deber nos obliguen a poner en realce las sombrillas tintas que por algunas partes afean tan risucio cuadro en el que hemos venido bosquejando. Hemos querido dejar sentado que no obedecemos a un circo encono, ni a un torpe prurito de denigrar objetos dignos de respeto, cuando los fueros de la verdad eisigen verse resfaldados. Nuestro fin es muy diverso, mucho mas elevado, nos agravemos a decirlo así, y las tendencias también infinitamente mas provechosas. Predicar la resugación sobre los males propios aun después de reconocida su existencia, esa es nuestra aspiración, reforzando al efecto nuestro raciocinio con el ejemplo de los males agenos.

Ni es tan ociosa esta tarea como pudieran muchos imaginar. Un ingenioso apólogo trasmitido desde la mas remota antigüedad a nuestros tiempos, y que un fabulista castellano nos ha vertido con su feliz facilidad acostumbrada, nos pinta al hombre como llevando al hombro los vicios

en una alborada, pero los de su prójimo al pecho, y en Londo una reunión para examinar las enfermedades propias a la espalda. Esta moral es muy sana y exacta cuando se aplica a los individuos, pero llega convertirse en radicalmente falsa si tratásemos de extenderla a los pueblos en su entidad colectiva. Tal es el menor la fondo de nuestra época, sigue gravado, impuesto, ávido de novedades y de mejoras tal vez irreales, por donde preponde a forjar ilusiones danosas, y a crearse un tipo de loca, herida perfeción que sus vecinos consiguieron, y que luego por conseguir también ésta, actos tan funestos son los que contiene combatible presentando la verdad desduida, haciendo ver que aun bajo las circunstancias más propicias nuestra flaqueza retira por donde quiera, es inútil adaptar a las peculiares ideas y necesidades de aquella sociedad, satisfaciéndolas plenamente. Los malhadados ensayos de Francia y por otros países acometidos para trasplantar a su suelo las mismas idénticas formas, y en el climatizarlas, demuestran hasta la evidencia que así como no esable cortar un vestido que venga bien para todos los cuerpos y tamaños así tampoco pueden concebirse instituciones donde quiera aplicables en general beneficio. Esta protesta contra cualquier acto de imitación barredora e irreflexiva forma la base de todas nuestras doctrinas concimentadas que las juzgamos en los dictados del sano juicio.

Mas no porque así califiquemos una proposición a que pudiera atribuirse significado en demasiado absoluto nos llegamos a retractar de ella en sustancia. El gobierno de que Inglaterra disfruta repelimos una y mil veces que frisa en nuestro humilde pero firme sentir con el límite de la perfección humana. Y si apelamos a la experiencia, única regla de justo criterio para tales cuestiones, los hechos acudirán en tropel a corroborar el aserto no obstante su latitud. El gobernante que por espacio ya de dos siglos, época moderna, ha salvado asegurar el sosiego interior de aquella nación; y ensanchar así su poderío, y acrecentar su riqueza en desmedidas proporciones, y empujarla con rápida carrera por la vía del progreso así material como intelectual, el gobierno, decimos, cuyos incontestables resultados son los que aquí se enciñan, y de cuyas dotes cupiera sin exageración hacer magnífico elarde, bien merece que a boca llena se le tributen aplausos y alabanzas.

Ni monos absurdo fuera poner en duda los efectos que este mismo gobierno pueda haber ejercido sobre el carácter moral de los habitantes. Suponer siquiera por un momento que una prosperidad tan manifiesta y duradera tuviese por basa la degradación, y el vicio en mayor escala de lo que por donde quisiera subsistir no solo envolvería una triste idea de la condición social sino que sería una doctrina radicalmente falsa y anti-filosofía. Al admitirla se niega implícitamente la Providencia y se inculcan las más crísimas mas corruptor materialismo, por donde se pone a contraria las consoladoras lecciones de la filosofía cristiana y hasta simplemente humanitaria. Su falsedad no es menos evidente tras una simple inspección de los hechos reales. La moral pública y privada raya en Inglaterra tan alto como en los más avanzados países aun cuando considerásemos en rebajar algo de las estrictas fórmulas que la decencia y los hábitos allí imponen, y que suelen los descontentadizos tachar de hipocresía. Quiénera que haya estudiado el curso de los negocios políticos en aquel país, el que haya tenido relaciones de trato particular con los individuos de aquella nación, nos apoyará con su imparcial testimonio sin que semejante tributo de justicia pagado a las agencias prendas empiece a menoscabar en lo mas mínimo el legítimo sentimiento de la dignidad propia.

Pero al expresarlos en términos de tan decidido elogio bien claro debe desde luego suponerse que nuestro propósito no estriba en pronunciar un estímulo panegírico. Muy lejos de ello estas mismas frases van encaminadas a servir de salvedades cuando un instinto de equidad y la convicción de cumplir un saludable deber nos obliguen a poner en realce las sombrillas tintas que por algunas partes afean tan risucio cuadro en el que hemos venido bosquejando. Hemos querido dejar sentado que no obedecemos a un circo encono, ni a un torpe prurito de denigrar objetos dignos de respeto, cuando los fueros de la verdad eisigen verse resfaldados. Nuestro fin es muy diverso, mucho mas elevado, nos agravemos a decirlo así, y las tendencias también infinitamente mas provechosas. Predicar la resugación sobre los males propios aun después de reconocida su existencia, esa es nuestra aspiración, reforzando al efecto nuestro raciocinio con el ejemplo de los males agenos.

Ni es tan ociosa esta tarea como pudieran muchos imaginar. Un ingenioso apólogo trasmitido desde la mas remota antigüedad a nuestros tiempos, y que un fabulista castellano nos ha vertido con su feliz facilidad acostumbrada, nos pinta al hombre como llevando al hombro los vicios

en una alborada, pero los de su prójimo al pecho, y en Londo una reunión para examinar las enfermedades propias a la espalda. Esta moral es muy sana y exacta cuando se aplica a los individuos, pero llega convertirse en radicalmente falsa si tratásemos de extenderla a los pueblos en su entidad colectiva. Tal es el menor la fondo de nuestra época, sigue gravado, impuesto, ávido de novedades y de mejoras tal vez irreales, por donde preponde a forjar ilusiones danosas, y a crearse un tipo de loca, herida perfeción que sus vecinos consiguieron, y que luego por conseguir también ésta, actos tan funestos son los que contiene combatible presentando la verdad desduida, haciendo ver que aun bajo las circunstancias más propicias nuestra flaqueza retira por donde quiera, es inútil adaptar a las peculiares ideas y necesidades de aquella sociedad, satisfaciéndolas plenamente. Los malhadados ensayos de Francia y por otros países acometidos para trasplantar a su suelo las mismas idénticas formas, y en el climatizarlas, demuestran hasta la evidencia que así como no esable cortar un vestido que venga bien para todos los cuerpos y tamaños así tampoco pueden concebirse instituciones donde quiera aplicables en general beneficio. Esta protesta contra cualquier acto de imitación barredora e irreflexiva forma la base de todas nuestras doctrinas concimentadas que las juzgamos en los dictados del sano juicio.

Mas no porque así califiquemos una proposición a que pudiera atribuirse significado en demasiado absoluto nos llegamos a retractar de ella en sustancia. El gobierno de que Inglaterra disfruta repelimos una y mil veces que frisa en nuestro humilde pero firme sentir con el límite de la perfección humana. Y si apelamos a la experiencia, única regla de justo criterio para tales cuestiones, los hechos acudirán en tropel a corroborar el aserto no obstante su latitud. El gobernante que por espacio ya de dos siglos, época moderna, ha salvado asegurar el sosiego interior de aquella nación; y ensanchar así su poderío, y acrecentar su riqueza en desmedidas proporciones, y empujarla con rápida carrera por la vía del progreso así material como intelectual, el gobierno, decimos, cuyos incontestables resultados son los que aquí se enciñan, y de cuyas dotes cupiera sin exageración hacer magnífico elarde, bien merece que a boca llena se le tributen aplausos y alabanzas.

Ni monos absurdo fuera poner en duda los efectos que este mismo gobierno pueda haber ejercido sobre el carácter moral de los habitantes. Suponer siquiera por un momento que una prosperidad tan manifiesta y duradera tuviese por basa la degradación, y el vicio en mayor escala de lo que por donde quisiera subsistir no solo envolvería una triste idea de la condición social sino que sería una doctrina radicalmente falsa y anti-filosofía. Al admitirla se niega implícitamente la Providencia y se inculcan las más crísimas mas corruptor materialismo, por donde se pone a contraria las consoladoras lecciones de la filosofía cristiana y hasta simplemente humanitaria. Su falsedad no es menos evidente tras una simple inspección de los hechos reales. La moral pública y privada raya en Inglaterra tan alto como en los más avanzados países aun cuando considerásemos en rebajar algo de las estrictas fórmulas que la decencia y los hábitos allí imponen, y que suelen los descontentadizos tachar de hipocresía. Quiénera que haya estudiado el curso de los negocios políticos en aquel país, el que haya tenido relaciones de trato particular con los individuos de aquella nación, nos apoyará con su imparcial testimonio sin que semejante tributo de justicia pagado a las agencias prendas empiece a menoscabar en lo mas mínimo el legítimo sentimiento de la dignidad propia.

Pero al expresarlos en términos de tan decidido elogio bien claro debe desde luego suponerse que nuestro propósito no estriba en pronunciar un estímulo panegírico. Muy lejos de ello estas mismas frases van encaminadas a servir de salvedades cuando un instinto de equidad y la convicción de cumplir un saludable deber nos obliguen a poner en realce las sombrillas tintas que por algunas partes afean tan risucio cuadro en el que hemos venido bosquejando. Hemos querido dejar sentado que no obedecemos a un circo encono, ni a un torpe prurito de denigrar objetos dignos de respeto, cuando los fueros de la verdad eisigen verse resfaldados. Nuestro fin es muy diverso, mucho mas elevado, nos agravemos a decirlo así, y las tendencias también infinitamente mas provechosas. Predicar la resugación sobre los males propios aun después de reconocida su existencia, esa es nuestra aspiración, reforzando al efecto nuestro raciocinio con el ejemplo de los males agenos.

Ni es tan ociosa esta tarea como pudieran muchos imaginar. Un ingenioso apólogo trasmitido desde la mas remota antigüedad a nuestros tiempos, y que un fabulista castellano nos ha vertido con su feliz facilidad acostumbrada, nos pinta al hombre como llevando al hombro los vicios

en una alborada, pero los de su prójimo al pecho, y en Londo una reunión para examinar las enfermedades propias a la espalda. Esta moral es muy sana y exacta cuando se aplica a los individuos, pero llega convertirse en radicalmente falsa si tratásemos de extenderla a los pueblos en su entidad colectiva. Tal es el menor la fondo de nuestra época, sigue gravado, impuesto, ávido de novedades y de mejoras tal vez irreales, por donde preponde a forjar ilusiones danosas, y a crearse un tipo de loca, herida perfeción que sus vecinos consiguieron, y que luego por conseguir también ésta, actos tan funestos son los que contiene combatible presentando la verdad desduida, haciendo ver que aun bajo las circunstancias más propicias nuestra flaqueza retira por donde quiera, es inútil adaptar a las peculiares ideas y necesidades de aquella sociedad, satisfaciéndolas plenamente. Los malhadados ensayos de Francia y por otros países acometidos para trasplantar a su suelo las mismas idénticas formas, y en el climatizarlas, demuestran hasta la evidencia que así como no esable cortar un vestido que venga bien para todos los cuerpos y tamaños así tampoco pueden concebirse instituciones donde quiera aplicables en general beneficio. Esta protesta contra cualquier acto de imitación barredora e irreflexiva forma la base de todas nuestras doctrinas concimentadas que las juzgamos en los dictados del sano juicio.

Mas no porque así califiquemos una proposición a que pudiera atribuirse significado en demasiado absoluto nos llegamos a retractar de ella en sustancia. El gobierno de que Inglaterra disfruta repelimos una y mil veces que frisa en nuestro humilde pero firme sentir con el límite de la perfección humana. Y si apelamos a la experiencia, única regla de justo criterio para tales cuestiones, los hechos acudirán en tropel a corroborar el aserto no obstante su latitud. El gobernante que por espacio ya de dos siglos, época moderna, ha salvado asegurar el sosiego interior de aquella nación; y ensanchar así su poderío, y acrecentar su riqueza en desmedidas proporciones, y empujarla con rápida carrera por la vía del progreso así material como intelectual, el gobierno, decimos, cuyos incontestables resultados son los que aquí se enciñan, y de cuyas dotes cupiera sin exageración hacer magnífico elarde, bien merece que a boca llena se le tributen aplausos y alabanzas.

Ni monos absurdo fuera poner en duda los efectos que este mismo gobierno pueda haber ejercido sobre el carácter moral de los habitantes. Suponer siquiera por un momento que una prosperidad tan manifiesta y duradera tuviese por basa la degradación, y el vicio en mayor escala de lo que por donde quisiera subsistir no solo envolvería una triste idea de la condición social sino que sería una doctrina radicalmente falsa y anti-filosofía. Al admitirla se niega implícitamente la Providencia y se inculcan las más crísimas mas corruptor materialismo, por donde se pone a contraria las consoladoras lecciones de la filosofía cristiana y hasta simplemente humanitaria. Su falsedad no es menos evidente tras una simple inspección de los hechos reales. La moral pública y privada raya en Inglaterra tan alto como en los más avanzados países aun cuando considerásemos en rebajar algo de las estrictas fórmulas que la decencia y los hábitos allí imponen, y que suelen los descontentadizos tachar de hipocresía. Quiénera que haya estudiado el curso de los negocios políticos en aquel país, el que haya tenido relaciones de trato particular con los individuos de aquella nación, nos apoyará con su imparcial testimonio sin que semejante tributo de justicia pagado a las agencias prendas empiece a menoscabar en lo mas mínimo el legítimo sentimiento de la dignidad propia.

Pero al expresarlos en términos de tan decidido elogio bien claro debe desde luego suponerse que nuestro propósito no estriba en pronunciar un estímulo panegírico. Muy lejos de ello estas mismas frases van encaminadas a servir de salvedades cuando un instinto de equidad y la convicción de cumplir un saludable deber nos obliguen a poner en realce las sombrillas tintas que por algunas partes afean tan risucio cuadro en el que hemos venido bosquejando. Hemos querido dejar sentado que no obedecemos a un circo encono, ni a un torpe prurito de denigrar objetos dignos de respeto, cuando los fueros de la verdad eisigen verse resfaldados. Nuestro fin es muy diverso, mucho mas elevado, nos agravemos a decirlo así, y las tendencias también infinitamente mas provechosas. Predicar la resugación sobre los males propios aun después de reconocida su existencia, esa es nuestra aspiración, reforzando al efecto nuestro raciocinio con el ejemplo de los males agenos.

Ni es tan ociosa esta tarea como pudieran muchos imaginar. Un ingenioso apólogo trasmitido desde la mas remota antigüedad a nuestros tiempos, y que un fabulista castellano nos ha vertido con su feliz facilidad acostumbrada, nos pinta al hombre como llevando al hombro los vicios

en una alborada, pero los de su prójimo al pecho, y en Londo una reunión para examinar las enfermedades propias a la espalda. Esta moral es muy sana y exacta cuando se aplica a los individuos, pero llega convertirse en radicalmente falsa si tratásemos de extenderla a los pueblos en su entidad colectiva. Tal es el menor la fondo de nuestra época, sigue gravado, impuesto, ávido de novedades y de mejoras tal vez irreales, por donde preponde a forjar ilusiones danosas, y a crearse un tipo de loca, herida perfeción que sus vecinos consiguieron, y que luego por conseguir también ésta, actos tan funestos son los que contiene combatible presentando la verdad desduida, haciendo ver que aun bajo las circunstancias más propicias nuestra flaqueza retira por donde quiera, es inútil adaptar a las peculiares ideas y necesidades de aquella sociedad, satisfaciéndolas plenamente. Los malhadados ensayos de Francia y por otros países acometidos para trasplantar a su suelo las mismas idénticas formas, y en el climatizarlas, demuestran hasta la evid



